

Ernst Jünger y Gershom Scholem Correspondencia¹

Presentación: Marcelo Pompei²

Ernst Jünger, Gershom Scholem. ¿Un encuentro imposible? No. Y la prueba es el intercambio epistolar que aquí se presenta. ¿Por qué sería imposible? No. La pregunta correcta es: ¿Por qué la pregunta por la posibilidad o imposibilidad de ese encuentro se nos presenta en este caso como una pregunta inmediata y necesaria? ¿Por qué las personas que llevan esos dos nombres, que trascienden sus esferas familiares en tanto que son invocados como autores y productores de ideas y de obras, nos resultan irreconciliables o de una cercanía inadmisibles?

Un paso preliminar para responder a estas cuestiones sería distinguir entre persona y autor. Coincidencia que sólo podrá constatarse en el plano privado en cada uno de ellos. Coincidencia encerrada en sus conciencias. Pero no en sus lectores. Para nosotros son autores. La persona nos está vedada. De ellos tenemos sus obras. Y algo más que sus obras: la interpretación o uso que hacemos de ellas. A lo cual hay que añadirle una cuota de influencias que la crítica, los prejuicios y la historia inocula en nosotros haciendo que nuestras lecturas no sean obra nuestra solamente. No existen el lector puro ni una obra en estado puro ni ideas sin mácula que de ellas se desprendan y circulen. Existe, por decirlo de algún modo, una triple afluencia de autor, de lector y de un humus de ideas generales de las que nos nutrimos. Toda una cultura que acomoda, ordena y clasifica, que aplana, corrige y cierra. Que hace más fluida la transmisión de los saberes. Una conjura adusta contra la incoherencia y el caos de las vidas. Que promueve autores y oculta personas. Que prescribe una dieta balanceada de ideas al lector.

Quizá en esto esté la clave de por qué, como autores, ambos no nos presenten sorpresas y sí en cuanto a personas. Pequeñas personas encerradas en sus gabinetes, con sus dudas, ambigüedades, sus borradores y sacapuntas. Como autores coinciden consigo mismos y satisfacen nuestras expectativas intelectuales e incluso ideológicas. Somos nosotros en el autor y el autor es en nosotros. El autor y nosotros los lectores, y una cultura que nos envuelve a ambos y vigila. El círculo cierra sin fisuras. Pero no sucede lo mismo cuando se nos presentan como personas singulares. El círculo se inquieta. A nuestro cómodo sillón de lectura se le salta un resorte. Pedimos explicaciones al autor que permitió que una voz extraña se dejara oír desde el fondo. La cultura que a su alrededor se fue formando, se enoja e inicia un sumario. El crítico se hace juez por miedo a revisar sus convicciones. Nada peor que la inquietud intelectual que el etiquetado historiográfico remedia. El lector que ha solicitado refugio en los dictámenes de la crítica erudita, la que va zanjando toda disputa uniendo, separando y ungiendo, se halla a la intemperie. Suena la alarma: ¿Un judío sionista, erudito de la mística hebrea y un soldado alemán de derechas sospechado de nazi intercambian palabras e impresiones!? La visión paradisiaca, tan habitual como inculta que suele tenerse del universo intelectual, se derrumba ante semejantes apostasías.

Como personas decepcionan e incluso, para sus amantes más fanáticos, traicionan las expectativas de quietud y de equilibrio ideológico. La persona resulta minúscula, confusa y trivial al lado del autor que la inviste y la adorna con laureles, gloria, fama, reputación, coherencia, Orden y, por qué no, infamia... La persona, libre de sus obligaciones de autor y acodado frente a su carta, provoca una herida narcisista en el lector que cree llevar al autor en sus entrañas y a la cultura que con esfuerzo ha limpiado el terreno literario, los ha purificado y les ha asignado un lugar y una dirección de circulación. Las grandes avenidas van rectas de principio a fin, celosas y orgullosas de

¹ Las cartas entre Ernst Jünger y Gershom Scholem intercambiadas entre 1975 y 1981 fueron publicadas en la revista *Sinn und Form*, en el tercer cuaderno del año 61, de mayo y junio de 2009.

² Docente del Seminario de Diseño Gráfico y Publicidad en la Carrera de Ciencias de la Comunicación de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires.

la porción de ciudad que les corresponde hacer correr; allí reina la claridad. Sólo las pequeñas callejuelas zigzaguean en la confusión, cortan e incomodan el paso de las arterias principales, estrechan y arrinconan a los paseantes contra sus muros; ocultan presencias oscuras y prestan servicios marginales. No hay programas culturales que no pavimenten sus avenidas y disimulen sus callejones.

La carta, por la intimidad y silencio que implica, incluso más tarde cuando es expuesta a la curiosidad docta, le da la palabra más a la persona que al autor. Salvo que el autor escriba de manera premeditada sus ideas valiéndose de los recursos que la carta privada permite. En este caso habría que hablar de género epistolar. La carta es un objeto delicado, esconde secretos y confidencias, crea lazos insospechables o los corta de manera irreparable. Por eso se la elige para la amenaza, la extorsión, la intriga, es garantía de vida en la caja fuerte de un notario, o se la reserva para el juego amoroso. Sobre ella se puede ser indecente sin culpa. Una mano garabateando una carta puede perder, si es necesario, vínculos con lo moral o al menos con el decoro. Las cartas cobran vida por la noche y por la mañana se las come un buzón. Van selladas. Es un papel peligroso por la inminencia que promete hacer estallar o revelar. Sobre ellas caen lágrimas, son abolladas con furia o encuentran residencia en la profundidad de un escote ruborizado. Por su naturaleza, su destino final es el fuego. Pero si la mano que las escribió también son las de un autor, su destino es aún peor, van a dar a sus lectores y a los censores.

Una breve digresión. En los diarios de Ernst Jünger de la Segunda Guerra Mundial, uno de cuyos destinos como soldado fue Francia, podemos encontrar fragmentos donde se refiere a la carta como objeto peligroso. Entre sus actividades allí cuenta la de encargado de la censura de la correspondencia que salía de Francia hacia Alemania y a la inversa. Su tarea era revisar el contenido. Si resultaba inapropiado a los intereses de Alemania y de la guerra debía informar de sus autores para que se tomaran medidas contra ellos. La tarea no es nada honorable y su funcionario va a la par de la tarea. Jünger reflexiona allí acerca de esto y acerca de su incómoda posición. No obstante realiza su tarea, pero arrogándose algunas atribuciones que podrían haber puesto su vida en compromiso. Cuando detectaba alguna carta saliente o entrante cuyo contenido no era conveniente advertía personalmente al remitente y al destinatario del peligro al que se exponían. Lo hacía con una nota enviada en la misma carta.

Alguien podría argumentar que Jünger podría haber elegido no realizar una tarea tan infame. A la argumentación de este alguien habría que corregirle que “elegir” no era algo que un soldado alemán durante la guerra pudiera hacer sin levantar sospechas; elegir, no es algo que se pudiera hacer allí sin caer en la insubordinación. Y la insubordinación entre intrigantes y paranoicos no era algo que se saldara con un simple castigo. Jünger cumple con su deber, lo cual no lo deja moralmente inmutable, pero se consuela pensando que si la función caía en otro que no tuviera sus consideraciones, el destino de muchos, en aquellos tiempos de esvásticas y de matones, hubiera sido, cuanto menos, un tiro en la cabeza. Esta digresión viene a cuento además porque en las cartas que siguen Jünger hace referencia a esta labor allí, en Francia y durante la guerra.

En estos tiempos, que son los del correo electrónico y menos los del papel, sobre y estampilla, estas observaciones acerca de la carta manuscrita pueden resultarle a algunos, decimonónicas. Pero no menos aplicables a este nuevo modo de comunicación. Estas dos modalidades del correo sólo se distinguen por el soporte, papel o digital, y porque con una podemos prescindir del cartero. Pero creo ver una distinción más sutil, el correo electrónico tiene algo que le es otorgado por la velocidad, la inmediatez, su carencia de peso y volumen, por la ausencia del estampillado oficial, su imposibilidad de ser manipulado, su carácter de cosa efímera y la fugacidad que le hace perder importancia una vez leído. Su mecánica es la que le da su espíritu y su significado. Un dramatismo del que puede prescindir con mayor facilidad de lo que lo podría hacer el papel menos comprometedor. No es poco lo que el material papel hace por una carta. La letra escrita sobre un papel lleva una pizca de quien la escribe. No la puede llevar el correo electrónico.

La mención que hago del correo electrónico no es juguetona. A mi consideración sobre la carta le di un cierto barniz dramático que no siempre tiene. Es, según lo que he sentido al leerlo, la

mecánica del actual correo electrónico la que parece otorgarle el tono al cartero entre Jünger y Scholem. A pesar de que no fue este el medio, claro. El intercambio entre ambos carece del peso que nuestra imaginación esperaría, en tanto que ella trabaja con los antecedentes literarios y biográficos de los autores. Más bien hay entre ellos un aire de cortesía y de formalidad distante, propio de quienes intercambian informaciones. Qué es en rigor lo que hacen. A Jünger se le presenta un recuerdo de juventud, de su época de escolar, sobre la identidad de un compañero de clase. Cree que se trata de Scholem. Abre la partida con un movimiento cauto. Y consultándolo por la cuestión comienza una breve ida y venida de cartas concisas. Nada de altura ni profundidad; apenas un pedido de informe, para revocar un hueco en la memoria. A este tipo de intercambio le es suficiente el respeto. Pueden prescindir del afecto y las emociones. Lo que además hubiera sido forzado en tanto que la relación entre ambos nunca fue estrecha. No fueron confidentes ni amigos. No obstante, como podrá notarse en las cartas, hay pasajes donde se tocan puntos sensibles que van más allá de las referencias e incumbencias personales y parecen hacerlo con suma delicadeza como si hubiera un cierto temor de ingresar en una zona aún sensible. Las menciones que se hacen de Walter Benjamin y su destino, por ejemplo. Las cuestiones espinosas en las que se vieron involucrados son rozadas con mención y réplica, no se detienen y se alargan en ellas. Un apunte para aclarar un punto en el pasado y nada más. Da la impresión, leyendo esas pocas cartas, que ambos estuvieran midiéndose, no como esgrimistas antes de asestar el puntazo, sino como quienes temen dar un paso en falso y herir alguna susceptibilidad. Ambos conocen sus respectivas historias y la estela que han dejado detrás. Jünger además conoce, como consta en su obra, la estela que algunos creen ver que ha dejado y que no le pertenece sino en el modo del sambenito. Esto lo hace ser cauto y esta cautela se nota al finalizar su primera carta. Hay distancia porque saben de qué están hablando y a qué zonas se están acercando. Se mueven como dos operarios de laboratorio manipulando materiales volátiles. Ambos parecen reservarse esa pizca de sí mismos antes mencionada como necesariamente impresa en cada palabra de la hoja escrita. Esta reserva requiere destreza literaria, en tanto que no es reserva de palabras o cosas dichas a medias. A pesar de su frugalidad las cartas dejan varias pistas y dan materia para pensar. En lo que se dice, lo que no se dice, en el medio que lleva las palabras, en el tono, en los giros, en la posición y en el tipo de contacto. En los encuentros peligrosos, parafraseando el título de una novela de Jünger. Peligroso porque constituye un atentado en contra del lugar en que la tradición histórica coloca a los autores. Se les fija residencia y no se los autoriza a abandonarla. Sabemos que muchas veces se fijan con mezquindad intelectual. Ellos no cursan invitaciones a cenar, no se trata de una visita amable, da la impresión de ser un intercambio ocasional no deliberado, con el cual inauguran una comunicación que creíamos imposible.

Retomo la pregunta inicial acerca de por qué se nos presenta como ineludible la pregunta por la posibilidad o imposibilidad de este encuentro. Más allá de la cuestión general acerca de la diferencia entre persona y autor, de la comunicación a través de cartas y del significado material de éstas, y de la función de la cultura en la imagen y posición de un autor en la constelación intelectual, existe el hecho particular de la estela dejada por estos dos hombres a lo largo de sus vidas. Son estas huellas biográficas las que suponemos que no pueden cruzarse como no se cruzan las paralelas. Los hechos parecen demostrarlo por su evidencia.

Jünger fue un alemán de espíritu anárquico y aventurero, amante de la apuesta fuerte y de la vida atrevida. Entomólogo obsesivo y escritor permanente. Pensador no alineado a ninguna escuela y especialidad, sino más bien motivado por la curiosidad y la intuición. Pero además fue soldado voluntario y de trincheras durante toda la Primera Guerra Mundial, durante la cual participo en casi todas sus grandes batallas: Somme, Verdún, Cambrai, de las cuales arrastró unas cuantas heridas. Escritor de infinidad de textos políticos y de reflexiones sobre la guerra y la técnica durante la República de Weimar, no muy amables con el sentido común democrático, sino más bien próximas a los extremos de derecha y de izquierda. Aquella Alemania se debatía en los extremos y uno de ellos la gobernó hasta 1945. De este extremo Jünger se mantuvo alejado no aceptando ninguna de las propuestas que se le hicieron, un puesto en el *Reichstag*, por ejemplo, y de manera más

contundente no afiliándose al partido. Una forma de eludirlos fue volver al uniforme y aceptar su destino en la Francia ocupada y más tarde en el frente ruso, luego de la caída-asesinato de su hijo en la ciudad italiana de Carrara en un supuesto enfrentamiento contra el enemigo. Luego de esto, entre viajes de exploración y experimentación, labor literaria silenciosa durante más de cincuenta años. Reflexionando, un escalón por encima de lo político y episódico, acerca del sentido y la forma del siglo XX. Todo desde la incómoda posición en la que queda la reputación de un autor soldado del ejército perdedor y maldito.

Eludiendo con elegancia la asociación que algunos creyeron y creen encontrar de su persona y de sus ideas con el partido nazi. Nunca lo hizo directamente, lo cual hubiera implicado la aceptación de que el banquillo de acusado le correspondía. No había nada que alegar en su favor ni coartadas que esgrimir. Defenderse de acusaciones falsas es dar crédito y validez al contenido de la acusación. Pero las cosas no eran ni son tan fáciles como se puede interpretar de este procedimiento argumentativo. Jünger no contesta pero tampoco se queda callado. Da su palabra en sus ensayos, artículos, diarios y novelas, pensando acerca de la relación del hombre singular con las circunstancias, la posibilidad de elaborar una forma de moral estratégica para asumir su relación con lo ineludible sin que la cercanía lo disuelva en el contexto. Mantener la autonomía cuando ésta está siendo atacada en favor de ideales imposibles de compartir. Jünger apela a figuras conceptuales que le permiten ilustrar sus concepciones y su tiempo: el trabajador, el anarca, el emboscado. Prefiere pensar a defenderse y usar su caso como testimonio de los conflictos irresolubles a los que el hombre singular debe enfrentarse en la época en la que le toca vivir.

Gershom Scholem, también nacido en Alemania, en 1897, fue hijo de un propietario de imprenta, judío, liberal, de holgada economía y con intenciones integracionistas. Gershom se educó de acuerdo a principios liberales en distintas partes de Alemania. El pensamiento de Martin Buber le marcó sus primeros pasos. Al mismo tiempo aprendía hebreo, lo cual culminó en la elaboración de una edición crítica del *Sefer ha Bahir*, la piedra fundamental del misticismo judío. Es el libro cabalístico por excelencia y uno de los más herméticos. Sobre esta senda, la de los estudios filológicos aplicados a la Cábala, se conducirá Scholem durante toda su vida y por la que será elevado a la categoría del mayor exegeta de la cultura judía. En 1923 emigra a Palestina, marcando, pelea incluida, una diferencia con su padre y su familia y con el deseo de estos de integrarse a la cultura europea como típicos judíos asquenazíes. Su hermano Werner, mencionado en estas cartas, alcanzará el cargo de diputado en el *Reichstag* por el Partido Comunista y morirá en una cámara de gas en Buchenwald. Gershom adhiere al movimiento sionista fundado por Theodor Herzl en el siglo XIX. Así toma distancia de su familia y opta por una de las opciones que el debate de la época aportaba: integrarse o fundar una patria propia. En aquella tierra, Palestina, luego de desempeñarse como bibliotecario, toma el cargo de profesor de la Universidad Hebrea para enseñar historia de la mística judía y comenzar a producir una enorme obra de carácter enciclopédico, crítico e histórico. Explorando zonas de aquella cultura nunca estudiadas hasta ese momento o corrigiendo gruesos errores históricos y de interpretación. Se destacó además por su búsqueda de incunables y manuscritos, con los cuales levantó la biblioteca más voluminosa dedicada a aquellos temas. Forma parte hoy del patrimonio bibliográfico fundamental de su universidad, a la que legó toda su colección. Un punto importante en su vida fue su relación con Walter Benjamin, con quien mantuvo correspondencia entre 1933 y 1940, ligados por el interés en el misticismo. En estas cartas, Walter Benjamin es mencionado en relación a su misterioso y supuesto suicidio en Portbou o su misterioso o supuesto asesinato en manos de un comando estalinista.

Estos son los trazos apurados de las paralelas biográficas que no tenían por qué cruzarse. No obstante, se cortaron demostrando que en la vida de los hombres el rigor geométrico no es aplicable ni posible, y mucho menos deseable, salvo que se pugne por un orden ficticio o una integridad que culmina en superficialidad espiritual, la que los mandatos tribales terminan por pulir hasta el brillo más estéril. Si un punto en común es posible hallar en estos dos hombres es que desde su juventud y a lo largo de su carrera intelectual no se dejaron seducir por los principios rectores de su círculo de influencia. Construyeron su independencia a costa de los tranquilizantes lazos de

pertenencia, para terminar sacándole punta al lápiz con que escribir unas cartas que todavía algunos encontrarán imposibles. Esta breve correspondencia es una inmejorable nota al pie de dos obras también imposibles.

Wilflingen, 16 de febrero de 1975

Muy estimado Señor Scholem:

Con frecuencia me encuentro en la prensa con su nombre y me pregunto si usted ha sido mi compañero de colegio.

Suponiendo que éste no sea el caso, le pido por favor, que no se moleste en darme una respuesta.

Mis más cordiales saludos
Ernst Jünger³

Jerusalén, 8 de abril de 1975 Abarbanel str.28

Muy estimado Señor Jünger:

A decir verdad yo no soy su compañero de colegio como usted supone. Yo soy de Berlín y he realizado mi *Abiturium* allí en 1915.

Pero me he emocionado al ver su escritura, ya que he estudiado con atención dos de sus libros⁴. De modo tal que usted mantiene vivo el interés por el muy extraño apellido de la familia Scholem. Yo sabía hasta el momento sólo de tres familias con tal nombre en Alemania, además de la mía. Ahora conozco mediante usted semejantes en Hannover.

Curiosamente mi hermano Werner, el que sería concejal del *Reichstag* (que luego será asesinado en 1940 en Buchenwald) vivió, efectivamente, desde el otoño de 1913 hasta fines de 1914 en Hannover.

Allí es donde él ingresa en una conocida escuela para la preparatoria del *Abiturium* y donde milita en la Juventud Trabajadora (*Arbeiterjugend*) del partido socialdemócrata. Donde también encuentra a la que sería su posterior esposa.

Él nació en 1895. ¿Podría usted quizás recordarlo por sus proclamas políticas? Las que ya venían desde la época del colegio; eran frecuentes en él desde aquella época. Tengo en mi poder fotografías de mi hermano de esta época (1915-16, cuando era soldado).

Él regresó de Hannover luego de fuertes enfrentamientos con nuestro padre por su comportamiento social demócrata. Usted podrá determinar mejor si se trata del Scholem que supone. ¿Tal vez pueda recordar el nombre de su escuela? ¿O tal vez pueda recordar su apariencia? Era pequeño. Tenía también un pequeño rostro con facciones agudas pronunciadas y era claramente delgado.

Me interesaría mucho saber también, en caso de que lo compruebe, si usted ha concurrido con mi difunto hermano a aquel colegio.

Con un afectuoso saludo,
Señor Scholem

En una revista o periódico que acabo de dejar aquí, veo que usted ha cumplido 80 años. Le deseo a usted lo mejor.

20 de abril de 1975

Muy estimado Sr. Scholem

³ En la parte posterior de la carta hay una anotación con la letra de Gershom Scholem: “¿Si se trata de mi grosero hermano Werner?”.

⁴ En la biblioteca de Scholem se encuentra únicamente el libro de Wolfgang Kaempfer: *Ernst Jünger*. Stuttgart.1981.

Su amistosa noticia me ha confirmado que mi compañero de escuela (1913/14) ha sido en efecto su hermano Werner. Al momento de poner las cosas en su sitio (a la edad de poner las cosas en su lugar), tales cosas nuevamente nos despiertan interés; comenzamos a dedicarnos, juntos, a nuevas artes.

El colegio de Hannover se llamaba “Gildermeister Institut”. Era una escuela privada. A excepción de otro compañero de colegio, su hermano es al único que logro recordar. En cuanto a su hermano en particular, pequeño o delgado, como usted escribe lo describe, no es así como se me presenta, más bien como un adulto fuera de lo común. Quería brindar a todos una inteligente fisonomía y una sonrisa escéptica. Nuestro comportamiento era el de una simpatía irónica.

El profesor de alemán, Schmitt, para nosotros llamado también “*Schittchen*” o “*Uttchen*”, era un tipo melancólico; no se sentía en apariencia a gusto en el colegio. Cuando nos dictaba las lecciones, repetía su discurso, que a mí y a los demás, excepto a su hermano, nos resultaba incomprensible: “Scholem, le advierto a usted ahora por última vez. Si usted vuelve hacer algo semejante, va a tener consecuencias. De esto puede estar usted seguro”.

El atentado de Sarajevo trajo aparejado, bajo esta perspectiva, que casi ponga fin a la escuela: “Señor Schmitt, pronto llegará la guerra, y nosotros hacemos el *Notabitur*”.

Al señor Schmitt no le agradaba escuchar eso: “Por favor le pido que no diga eso. Usted no puede imaginarse lo atroz que es una guerra”. Nosotros no queríamos escuchar eso. Para nosotros eso significaba: “¡Schimittchen afuera!”.

Nos vimos por última vez luego de la declaración de la guerra.

Nos retiramos de la hermandad para poder pasar el rato en los cuarteles.

A pesar de que usted escribe que su hermano estaba ya en 1915 en el ejército, creo que no se ha registrado allí voluntariamente. Yo volvía un día de la peluquería, él advierte esto con su sonrisa escéptica: “Ante la batalla se unta el adolescente alemán el cabello”.

Yo no sé si le respondí entonces algo: “Para usted eso es algo demasiado pronto”.

De todos modos tengo su sonrisa todavía presente, y de allí que mi comentario implique la comprensión de que se trataba de algo especialmente calculado. Siento aún que tengo el deber de darle el pésame, luego de un cuarto de siglo de finalizada su participación. No sólo me preocupa, sino también me sorprende, tras el dictamen de la situación en la que yo confiaba, que él, según creí, como aparentemente sus parientes lo hicieron, hubiera alcanzado el último tren hacia el exterior.

Considero, juntos con mis amigos, algo que he tomado de Valeriu Marcu⁵, en creer en la necesidad, hoy más que en aquel entonces, de que no había alternativa.

Con los mejores deseos, también para las próximas pascuas, a las que observo con pena.

28 de abril de 1975

Muy estimado señor Jünger:

Me alegra mucho que pueda corroborar su sospecha. Hasta el momento en que me he guiado por sus escritos, mi hermano no se presentó por su propia voluntad, sino que esperaba la convocatoria del ejército. Él rechazó la guerra absolutamente. Estuve junto a él varios meses en Berlín luego de su regreso de Hannover. Luego se mudaría a Querlindburg en marzo de 1915 aproximadamente, donde lo visité, y donde participó de la campaña de servicio, donde luego sería herido.

Usted se asombra de que no se hubiera ido a tiempo, como “han hecho aparentemente sus parientes”. Esto no fue así. Él sería arrestado en la primera noche del incendio del *Reichstag*. Yo mismo me había ido ya en 1923 a la aquel entonces a Palestina, y mi hermano y mi madre estuvieron hasta 1938 o 1939 en Alemania.

La comprensión de la propia situación no fue uno de puntos fuertes de los poderosos judíos alemanes. Mi hermano, que era un radical socialista, se convenció de que nada le podía

⁵ Valeriu Marcu: escritor, historiador y publicista (1899-1942), nacido en Bucarest. Pertenecía al círculo de Jünger en la República de Weimar y emigro en 1933 a París. Publicó una biografía de Lenin y murió en Nueva York. De Valeriu Marcu se publicó *Una cabeza es más que cuatrocientas laringes*, un compilado de manuscritos. Recopilación y comentarios de Andrei Corbea- Hoisie. Konstanz 2002.

ocurrir siendo un veterano de guerra. Esto es ahora difícil de imaginar, pero estas ideas eran ampliamente generalizadas. Cada uno, que en aquel entonces tenía parientes en Alemania con los que se enviara correspondencia, sabe acerca de esto cantar una triste canción.

Le deseo a usted también mucha suerte
Atte. Gershom Scholem.

Jerusalén, 22 de abril de 1976

Querido señor Jünger,

Luego de mi regreso de mi corto viaje a América encuentro su envío⁶ del día 2 de abril con la fotografía de mi hermano. Se lo agradezco. Ésta proviene del manual del *Reichstag*, en donde mi hermano estaba sentado en aquel entonces.

Yo tengo en mi poder una foto similar de esa época, que la tengo como una de las mejores que pueden haber existido de mi hermano.

Le agradezco por sus buenos deseos, que le correspondo de buen grado.
Atte. Gershom Scholem.

21 de junio de 1976

Querido Señor Scholem:

Lo he visto en el día de ayer en la pantalla. Debido a un partido de fútbol el programa fue diferido hasta altas horas de la noche.

Usted se ha referido a un problema que a mí, por cierto, también me ha preocupado desde pequeño, me refiero a la imperfección del mundo.

Veo que la Cábala, a pesar de que no se ha resuelto, y que ha sido obviamente bien fundamentada, está mejor fundada que la expulsión del Paraíso.

Después de 62 años puedo corroborar su parentesco con su hermano Werner. Su figura se ha fijado en mi memoria con fuerza, más que los demás compañeros de escuela.

Él era un adulto en comparación con nosotros, que éramos adolescentes, lo que ahora me asombra de su *Vita*⁷, y que por consiguiente lo llevó a la acción política. Sólo el profesor lo había notado en una evidente y atribulada comprensión.

Puedo imaginarme cuáles eran las preocupaciones que aquejaron a su padre.

Buenos deseos de aquí en adelante
Su Ernst Jünger

3 de julio de 1976

Querido señor Jünger:

Le agradezco mucho sus líneas. Yo mismo no tengo idea de si de la transmisión ha conservado algo relevante de las muchas horas que los caballeros han pasado aquí conmigo. Y no me han enviado el texto transmitido.

⁶ Jünger le envía a Scholem una reproducción de una fotografía del "archivo del reclutamiento de delegados para el Reichstag", de 1924.

⁷ "*De su Vita*": Jünger se refiere supuestamente a la fotografía del gran Archivo de delegados del Reichstag Alemán (deutsches Reichstags). Allí debajo se encuentra: "Redactor, Berlín, nacido el 29.12.1895 en Berlín, (sin confesar). Padre: administrativo. Realgymnasium (secundaria) en Berlín, Samsonschule en Wolfenbuttel, estudios de Historia en Gottingen y en Haele, desde 1912 en el Partido Obrero, en 1917 en la prisión por ofensas contra su Majestad y por demostraciones antibélicas, en 1911 Redactor. Socio de la Juventud Trabajadora (*Arbeiterjugend*) 1912/1916, la S.P.D Partido Social Demócrata Alemán (*Sozialdemokratische Partei Deutschlands*), 1913/1917, en U.S.P hasta 1920, desde esa fecha en KPD Partido Comunista Alemán (*Kommunistische Partei Deutschlands*) como consejero de los ciudadanos en Linden por Hannover, desde febrero de 1921 M.D. por el Landtag Prusiano.

Sólo a mi avanzada edad he comenzado a notarme similar a mi hermano Werner.

Los osados pensamientos de la imperfección esencial del Génesis datan de 500 años de antigüedad, fueron formulados de manera audaz primero por un cabalista español de la generación expulsada de España.

Yo tengo un par de fuertes páginas sobre estas ideas escritas en uno de mis libros, que podría fotografiar y enviárselas alguna vez⁸.

Mis cordiales Saludos
Su Gershom Scholem

Jerusalén, 17 de mayo de 1981

Querido señor Jünger:

Espero no incomodarlo con la petición suscitada por la lectura de antiguas cartas que ha hecho.

No estaba al tanto de su posición respecto a Walter Benjamin y supongo que usted no estaba enterado de mi estrecha relación y amistad con él cuando hace algunos años me preguntó cuál de los Scholem era yo, y que usted a menudo encontraba mencionado.

Ahora, en una carta que me ha enviado Theodor Adorno el 18 de febrero de 1951, encuentro dos extraordinarias notas sobre Benjamin:

1) Ernst Jünger habría estado involucrado en un plan de rescate para Benjamin que cursaba en círculos del Estado Mayor en verano de 1940, que consistía en salvarlo metiéndolo en un hospital de campo de batalla.

2) Efectivamente, parece que, inmediatamente después de finalizar la guerra, habrían hecho llegar un mensaje a Adorno a través de Édouard Roditi⁹, expresando cuánto habían apreciado a W. B. (a quién habían atacado mucho en el pasado).

Sobre estos sucesos hace referencia Adorno en muchas de la correspondencia que yo he mantenido con él entre 1951 y su muerte, y sus muchísimas cartas no respondidas.

¿Sería usted tan amable, darme su opinión sobre su postura al respecto?

No hace falta decir demasiado acerca de por qué esto es importante, también he escrito un libro sobre Benjamin en 1975.

Mis felicitaciones y los mejores deseos también para su cumpleaños número 85.
¡Tan lejos no he llegado yo aún!
Su Gershom Scholem.

Wilflingen, 1º de junio de 1981

Querido Señor Scholem:

Le agradezco sus líneas del 17 de mayo. Es posible el suceso mencionado por Adorno, a pesar de que no pueda recordarlo. El año 1940 fue un año cargado de acontecimientos e incidentes, también Roditi me ha escrito¹⁰.

Probablemente sea Benjamin junto a otros inmigrantes el que ha resultado el tema del intercambio de cartas que hemos mantenido con Valeriu Marcu, cuya biografía será publicada próximamente en húngaro. El debería incluir una sinopsis de las cartas que yo le he escrito a Viena y a Marsella.

⁸ Scholem refiere con toda probabilidad a Isaak Luria y remite a uno de sus libros: *De la forma mística de Dios. Estudios sobre los fundamentos de la Kabbala*. zurich, 1962. Allí refiere, en el Capítulo 2: "La raíz del odio reside con esto en última instancia en la esencia misma del Génesis, en la Armonía del Infinito que por definición en sí misma no puede existir, y en cada Ser limitado, nosotros estamos más allá, un elemento del desequilibrio, imperfecto, debe considerarse oscuro". Véase también las declaraciones de Scholem sobre Luria en el capítulo 7 de su libro *La mística judía en sus principales corrientes* (Die Judische Mystik in ihren Hauptstromungen). zurich, 1957.

⁹ Édouard Roditi (1910-1992): poeta norteamericano, nacido en Francia.

¹⁰ Roditi conoció a Walter Benjamin en 1933, luego de una de sus conferencias en Berlín. Véase el epílogo-entrevista a Roditi en la revista *Sinn und Form*, número 2 ("Diálogos sobre arte"). Frankfurt am Main, 1991, páginas 273 a 298. En los archivos de Ernst Jünger en Marbach se encuentran 3 cartas de Roditi del año 1948.

Luego, en París, realmente podría haber ayudado a Benjamin, ya que tenía acceso a la oficina que se ocupaba de los prisioneros franceses. Sólo tendría que haber dado una dirección y la *Liberation* no iba a entrometerse. Esta posibilidad no duró mucho y para Benjamin, de todas formas, ya era tarde.

No recuerdo con claridad el atentado de Grünspan, que tuvo lugar luego de la entrada de las tropas alemanas en Bourges y del que curiosamente no quería huir¹¹. No estoy al tanto que ha sido de él.

Difícilmente pueda aportar algo a sus investigaciones. Ojalá se mantenga usted en armonía. Es curioso como en mis años la juventud se me aproxima. De esta manera es como veo yo a su hermano, siempre perspicaz, como cuando se sentaba junto a mí en el banco de escuela en Hannover.

Cordialmente,
Su Ernst Jünger.

Jerusalén, 25 de junio de 1981

Querido Señor Jünger:

Le agradezco mucho su comunicación del 1º de junio. Es probable que Adorno no se haya equivocado.

Sobre el destino de Grünspan le puedo contar lo que ha sucedido. Él fue entregado a los franceses por los alemanes y permaneció largos años en prisión, porque los nazis querían realizarle una gran juicio político. Las diferentes instancias del Partido no lograban acordar al respecto, como se ha visto bien con frecuencia, de manera que permaneció de cuatro a cinco años con prisión preventiva, hasta que fue enviado a un campo de concentración, donde su vida fue consumida.

Puedo averiguar a qué campo de concentración fue enviado.

De cualquier forma él no logró sobrevivir a la guerra.

Yo ahora quiero dirigirme a usted con otra pregunta. No sé si usted ha visto o si quisiera ver, el extenso ensayo que he escrito sobre el *Mercurio (das Merkur)* de Walter Benjamin y Félix Noggerath en el cuaderno de febrero. Yo me he involucrado muy profundamente con las condiciones de vida de Félix Noggerath (el tío de Bourat Noggerath en Bonn) que estuvo a cargo de la Comisión de Archivos de la Fuerza Extranjera durante dos años durante la ocupación de París. Nacido en 1885, en aquel entonces tenía ya 57/58 años. Noggerath era un declarado antinazi, escribe luego en sus cartas, con las que cuento, sobre su estadía en París, en donde frecuentaba las oficinas de los círculos alemanes que estaban de manera absoluta en contra de los nazis y así lo declaraban abiertamente.

¿Ha conocido usted quizás allí a estos hombres extraordinarios?

Si a usted le interesa, puedo enviarle especialmente mi ensayo. No quiero obligarlo a una lectura que tal vez no le signifique nada.

Cordiales saludos
Gershom Scholem.

La hija de mi hermano Werner, la señora Renee Goddard¹², vive hace un año y medio en Munich. Ella tenía diez años cuando él fue arrestado.

Wilflingen, 8 de julio de 1981

¹¹ Se refiere a Herschel Feibel Grynsman, conocido también como “Grünspan” (1921-194?). En 1938 ingresó a la embajada alemana en París y mató a un diplomático nazi, acción que fue aprovechada como excusa para desatar una serie de ataques a la comunidad judía alemana que sería conocida como “La noche de los cristales rotos”. Encarcelado en Francia, el tren que lo transportaba, junto a otros prisioneros, fue bombardeado en las proximidades de la ciudad de Bourges. A pesar de que Grynsman logró escapar, él mismo se entregó detenido. En 1940 fue enviado a Berlín. Y luego murió en una prisión alemana.

¹² Renee Goddard, nacida como Renate Scholem, actriz.

Querido Señor Scholem:

Agradezco sus líneas del 25 de junio. Es probable que haya contribuido a ayudar a Benjamin y quizás se puedan hallar evidencias de ello. En esa época, no conocía la obra de Benjamin. Más adelante podríamos hacer algo ambos en relación a autores franceses del campo de la literatura. Le envío a usted en este mismo correo una pequeña documentación que ha sido publicada: Gerhard Helle, "Un Allemand a Paris". He visto un par de veces a Félix Noggerath, a decir verdad en la sociedad del historiador Braubach, en aquel momento mayor en el Estado Mayor Parisino en su función pública y donde recopilaba material de archivo para su obra del Príncipe Eugen. El destino que Grünspan ha tenido en suerte se me presenta en este caso como algo curioso, porque los franceses querían retirarlo de la zona liberada ante de la llegada de las tropas alemanas, y él se había negado. Una actitud poco clara precisamente en este caso. La situación del mundo es melancólica, quizás no la pasemos nosotros sin asombro.

Los mejores deseos,
Su Ernst Jünger.

Traducción de Glenda Jensen y Marcelo Pompei